

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

JUAN ANTONIO MASSONE



AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación: 71 (24-40)

Año: _____

SYS: 96 9180

Biblioteca Nacional



205386

Al amigo, poeta
Carlos René Lora,
este que he sido y soy.

J. M. Masme.
Stgo - Oct - 78.

Agrupación Amigos del Libro

Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa

Carlos López Labaste

Carlos George-Nascimento

Oreste Plath

Pepita Turina

Alfonso Calderón

Claudio Orrego Vicuña

Arturo Valdés Phillips

N.º 3823

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1978

969180

¿Quién soy?

JUAN ANTONIO MASSONE DEL CAMPO

Alguien ha de hablar por el silencio de Juan Antonio Massone esta tarde. Muy difícil es situarse, en estas definiciones, en este término en que la humildad no rebaje lo hecho, ni la soberbia lo disminuya por su sola presencia. Todo escritor es un orgulloso humilde porque debe respetar la autenticidad de la obra como expresión de su ser y, si es verdadero creador, no olvidar que en lo expresado, en tanto existencia viva, en tanto mármol de aire que es la palabra, el sueño y la pasión, engendradoras son mayores siempre que el logro: sabio resultado incitante a la continuidad, a la insatisfacción, aunque en lo hecho se haya cristali-

zado una ola de sangre, un reflejo del diamante de la inteligencia.

¿Podrá Juan Antonio Massone definirse, más allá de lo que digan de su interioridad, algún poema que lea? ¿Podrá acrecentar a la suma de los actos de una biografía de veintiocho años, lo que rodea como un halo a cada uno de ellos: esa seriedad con que enfrenta su misión de maestro, de crítico, de poeta, para verter luego sobre ella el óleo de la simpatía, de la generosidad, de la comprensión? No lo hará, porque es tan connatural en él esa simbiosis que no ha de verla, como la contemplamos quienes lo hemos tenido como alumno de tesis universitaria, como leal amigo, como beneficiarios de su voz crítica en el papel y en el aire, como lectores de su poesía que transparenta su dramática humanidad, como cuando dice:

*sólo yo para siempre sin tu alma,
sólo tú para siempre en el recuerdo.*

Juan Antonio Massone es un ser que se juega, que padece cada instante como parte de un destino y se alegra de estar vivo, en esa mezcla de ausencia-presencia con que todo participa y nos teje y des-

teje el alma. Ser en el mundo, en la nada del mundo y en la trascendencia de esa nada que es el tiempo que se nos va y que debemos rescatar, como se salva de la rugosa superficie de la nuez, los soles aceitosos que ella contiene en sus ventrículos y aurículas, porque allí está el sabor y lo nutricio que soñaron y pensaron la oculta tierra negra de sales y la oculta savia movida de latidos. El los rescata de las ajenas nueces con inteligencia, intuición; él los recobra de las propias, cuando, desechando lo vivido, encuentra sus esencias por la virtud de la nostalgia, movedora del recuerdo, que quintaesencia, que recobra simultáneo lo más significativo de lo inmensamente perdido. Ser viviente, Juan Antonio Massone, que otorga vida a los demás. Ser sin envidia y con magnificencia de alma, que uno debe valorar, porque de ello nace su obra, tanto aquella que se movía entre sombras y arcoiris, entre las pérdidas, las lluvias interiores y la rica luz perfecta que une a través del cielo dos puntos distantes de la tierra, como esta última en que confiesa que alguien hablará por su silencio, cuando en el silencio dormido de la letra basta que pongamos los ojos para que se nos llene de humanidad y armonía dolorosa el alma.

En esta tarde de su quién es quién, por lo que veintiocho años hablarán de lo hecho, podréis intuir la significación de lo venidero, que no se asienta en la esperanza, sino en la certeza del buen camino emprendido. Desde mi ausencia entre otros poetas, yo saludo en Juan Antonio Massone a un joven Maestro.

ROQUE ESTEBAN SCARPA

29 de junio de 1978.

LO QUE EL TIEMPO ME HA DICHO

Recordar es siempre recordarse. Proceso intimista de rescatar a trechos los hombres del hombre, como diría Eduardo Barrios. Porque somos uno y varios, singular y múltiple destino y ofrecimiento mientras duramos y nos dura el tiempo.

Agradezco esta oportunidad de recobrar-me en la ocasión brindada por los Amigos del Libro y el Museo Vicuña Mackenna.

Nací el 20 de junio de 1950. Medio siglo. Mitad de año y casi del mes; y, según me lo contara mi madre, el doloroso parto acaeció apenas transcurrida la medianoche. No soy supersticioso ni cabalístico, aunque algo crea de signos zo-

diacales y me entregue, con alguna facilidad, a considerar la importancia del azar en la vida humana, porque éste urde las circunstancias precisas entre las cuales deberemos escoger para ser hombres.

Ese día no me pertenece en la memoria, pero fue —como lo es para todos—, el comienzo oficial fuera de mi madre, iniciación legada por quienes otro día, aún más ignorado, desearon compartiera el don de la vida. En ese acto de nacer casi me quedo sin madre. Tal vez por ello, como por las fechas divisorias aludidas, mi sentimiento de inestabilidad permanente, sensación del mundo como materia deleznable, con ese de repente intraducible vertiendo en fragilidad el posible desamparo que puede cogernos.

¿Qué decir de mis primeros años, si ellos pertenecen a otras memorias? Soy, en este instante, esos trazos que otros quisieron ofrendarme. Por eso siento a la vida como deuda e irrenunciable necesidad de responder, sobre todo, a quienes han sido fundamento intransferible de mis años. Sintiendo esto escribí un poema a mi madre, titulado: “Fundamento de mi tiempo”.

*Madre,
la verdad es que sin tu aliento,
ni recuerdo ni sombra, nada hubiera escrito;
no sería pensativa luz en apenado verso,
esa forma menor de responder al mundo;
nada para ceñir la elipse inefable de los vuelos,
ni siquiera cuando me estoy cercano;
no podría acudirme si no fueras
en frondosa actitud con que mantienes
todo lo que he sido y lo que nombro.*

*Soy ese poco de ti y de tu sueño,
despliegue independiente en otros días;
ese que te lleva en semilla y surco
donde alojo un poco de ti cuando anochece.
La verdad es que sin ti y sin tu palabra
mi boca olvidaría lo que siento
hasta evaporar el labio y cada letra,
hasta consumirme en abisal silencio.*

Mis abuelos maternos vivían en Casablanca. El ser nieto de juez de pueblo me fue fascinante y conmovedor, porque sentí el cariño como la muestra enternecedora de quienes me querían sinceramente. El niño es el único capaz de encender amor

incondicional en personas ajenas. Fui niño —tal vez si lo soy aún— y sentí carnalmente esto que ahora verbalizo.

Mi abuelo fue hombre imponente, caballero de prosapia y honor acendrados, virtudes hasta hoy inolvidables para quienes le conocieron. Era hombre bueno, demasiado corazón, de los últimos descendientes de una rarísima caballería entre cuyos integrantes la palabra empeñada se la respeta y cumple más allá del protocolo. Juez por vocación —no por componendas—, abogado intachable, aún ante la opinión de aquellos antagonistas ocasionales o perennes. Era de los que procuraba parte del sustento a las familias de los encarcelados. Esto vino a saberse con posterioridad a su muerte.

Mi abuela —Nona en el decir itálico—, fue y es una mujer de aquellas que convierten su vida en servicio para otros. Aunque no pariente en la sangre, lo ha sido doblemente en el corazón. ¿Qué importa entonces si el azar nos dio apellidos diferentes? Sólo sé que nos regalaba largamente con su cariño, con su extraordinaria destreza gastronómica, con su hospitalidad insuperable.

La casa de mi abuelo era arrendada —supo él de la pobreza digna del señor— y estaba ubicada en

frente de la iglesia. La iglesia me fue centro de hechizos e incesantes recorridos. Pasábamos prolongados lapsos en su interior o en la casa parroquial, o en el campanario, visitando escondrijos —cualquier rincón oscuro lo era—, asistía a los oficios litúrgicos con mis abuelos o ayudaba —tal vez si con mucho de estorbo— a la limpieza del templo. Alguna vez me vistieron con las sagradas ropas del oficiante y premuniéndome de algún misal escrito en riguroso latín, intentaba la más perfecta de las ceremonias, porque ya en ese tiempo la dimensión trascendente del hombre me atraía como jamás lo ha dejado de hacer. Así el alba y la casulla, cingulo y capa fueron —ocasionalmente y con mucho respeto—, mis juguetes casi preferidos. Fue por ese tiempo que conocí la muerte; fue allí donde supe que el tiempo alguna vez se cansa. Los créspones con que la iglesia preconiliar enlutaba los templos en ocasión del fallecimiento de sus fieles, me dieron a conocer la tristeza de los súbitos vacíos, cuando la risa se trueca en lamentación. Pero sentía también que algo invisible no terminaba, algo como un rumor verde se evadía de la rigidez helada; también debía existir quien recogiera los latidos exánimes que al humano ojo le son inad-

vertidos por el llanto. Cuando supe de la muerte de mi abuelo, ambos sentires mezcláronse en la increíble sorpresa de lo remoto, hecho cercanía y tristeza. Volví muchas veces a esos lugares buscando algo parecido a los ecos y huellas que desde siempre he creído permanecen cuando la mano falta. Así, a través de las teclas graves del piano de mi Nona, creí se me retornaba a ese abuelo que fue un gran cariño y mi primer muerto.

Palabras a mi abuelo

“Abuelo, con tu muerte fundaste los adioses en mi vida, el sabor del misterio y la impotencia, cuando tu alta ronquera enmudeciera junto al bastón de tus caminos. Desde entonces el reloj que me legaron no quiso contar la vida ausente y así, dormido en su rodaje, aprieta tus latidos en silencio.

“Hoy, querido abuelo, quisiera reconstruirte en mi poema, alzando en atento rito la pobreza morena de tu sombra, fijada sin olvido en mi niñez pretérita.

“Nunca más oí canciones infantiles en el hueco desamparado que dejaste; nunca más sonoran para mí los pasos tranquilos de otro cuerpo; nunca

más pudieron arrullarme brazos tan poderosos y tan tiernos.

“Desde entonces has sido más ansiedad de encontrarte que un cariño fijado por el tiempo, porque has sido tan sólo elevado a espacio celeste sin que puedan morderte vacuidades, y como sé que el sufrimiento fue derrotado en tus sienes, hoy quise sentarme en tu distancia para decirte que me esperes”.

Mi etapa preescolar constó de un año con profesora en casa, y otro en jardín, donde aprendí a leer y a escribir. El año 1958 fue mi año de iniciación agustiniana. El viejo edificio del Liceo San Agustín, ubicado entonces en Estado 173, junto a la histórica iglesia, me recibió entre los suyos. No fue fácil acostumbrarme el primer tiempo. Por esa época, vivíamos una etapa de gran premura económica. Mis padres habían separado sus vidas y luego de un azaroso tiempo, nos habíamos ido a vivir con mi madre. El primer domicilio de ese período fue un departamento subterráneo. Desde allí me dirigía solo hasta el colegio, teniendo que atravesar arterias céntricas. Pero la necesidad engendra el ingenio y una persona como mi madre, sabía que el amor es posibilitar independencia, pues sólo los libres pueden amarse.

Los largos corredores, los oscuros pasadizos, los misterios que todos susurraban, daban al Liceo San Agustín un atractivo como pocos. La sombra de antiguas leyendas quintralianas deambulaba, mientras los sacerdotes —por ese tiempo numerosos— dispensaban su sincero afecto a toda la comunidad. Del mismo modo los profesores, con algunos de quienes conservo hasta hoy estrecho vínculo, me fueron dejando su legado de humanidad. No eran muy técnicos. Eran muy hombres. Fueron años de mediopupilage inolvidables, porque la amistad, pilar del espíritu agustiniano, reinaba sin contrapeso. Pero mi destino de agustino que con el tiempo sería vocación, obsesión y vida entera, se inició el mismo día de mi nacimiento, cuando llegó a la clínica el P. José Fuster, O.S.A., quien procedió a bendecirme y tiempo después me administraría el Bautismo. El padre Pepe, viejo amigo de la familia, fue el primer enlace con el hogar más estable que he tenido.

Pasaron años de identificación cada vez más pronunciada. Cuando llegó la adolescencia zarandéandome con tensas e innominadas pasiones y el imperativo de ser alguien arreció en numerosas rebeldías, vine a dar a un estado de anticlericalismo furibundo, más por espíritu de contradicción que

por verdadera respuesta a lo que me habían regalado. Los mayores me eran, en general, francamente desagradables: representaban la obligación impuesta de una autoridad no deseada. Creo, más allá de las diferencias circunstanciales, el desajuste adolescente sigue siendo el mismo.

Paralelamente, mi actividad vibraba con el deporte y algunas de las asignaturas me eran del todo indiferentes. No sé si por instinto de supervivencia, busqué siempre lo vital en cada una de esas labores académicas. Hasta ahora pienso en lo disparatado y tortuoso que resulta para los alumnos la frialdad y desconexión del trabajo escolar con sus vidas.

A la edad de doce años tuve mis primeros contactos con el arte. Coleccionaba reproducciones pictóricas, mientras innumerables nombres de artistas me iban respondiendo, entre ingenuo y confuso, de ese algo que no podía hallar en la frialdad planificada del deber porque sí.

A estas alturas habíamos vivido, con más bajos que altos económicos, en dos nuevos domicilios. Tal vez por ello he podido prescindir posteriormente de muchas banalidades. Porque la prueba de la pobreza con sus ínsitas inquietudes, me proporcionaron una digna lección de indesmentible

provecho. Días hubo que el comer fue ceremonia intermitente, contentándonos con beber un té forzado con el pan ocasional. Mi madre y mis hermanas: Mónica y Ximena, supieron de iguales carencias, pero nuestra progenitora supo hacernos saber de la promesa de mejores días si la dignidad y el esfuerzo, junto a la unión fraterna eran nuestros estandartes.

Las amistades nos ayudaron siempre con esa entrega desinteresada cuando se ofrece al pobre. Quisiera recordar a la familia Téllez B., a mi madrina, santa mujer que hasta hace poco nos dispensara su presencia fulgurante, a la familia Peña A. y a otros amigos. Los padres agustinos fueron siempre apoyo para mí y jamás representaron su ayuda desinteresada.

Si me detengo en estos años se debe a su importancia de hechos y de gentes que para mí revisiten. El hombre es en gran medida la calidad de las situaciones y de las personas con quienes entra relación. Hay entonces en mi existencia una cuota de deudas abultadísimas que espero retribuir en las personas que Dios y la vida me proporcionen como posibilidad de encuentro y abrazo.

Durante los períodos de vacaciones recibíamos la invitación de familiares, de este modo pude co-

nocer y recorrer lugares muy diversos: Ovalle, Valdivia y campos adyacentes, Valparaíso y ciudades cercanas. Cada uno de esos trozos de Chile me dio la posibilidad de entender y comunicarme con personas heterogéneas: campesinos, empleados de servicio, operarios, a través de quienes conocí en gran medida lo que años más tarde se daría en llamar “realismo mágico”, esto es, la mezcla de fábula y naturalismo, fruto de vidas cuya sabiduría se manifiesta en ese hablar entretenido, como si todo lo dicho lo hubieran presenciado o, al menos, recibido de primera mano. Siempre me ha impresionado la serenidad ante el dolor y las dificultades que la gente llamada humilde enseña y blande cual diestra respuesta ante el urdido destino que pasa por sus ojos. Siempre me ha gustado disfrutar de sus palabras porque tienen la magia de lo mítico y es por ello que, a pesar de no escribir cuentos, me gusta oírlos de sus labios.

Egresé del colegio a los diez y siete años. Me correspondió pronunciar dos discursos de despedidas. El primero fue algo improvisado y me acarreó una ovación que no recuerdo por vanidad, sino por el tono altamente emotivo que llevaron aquellas palabras. Mi intervención apenas si duró porque apenas pude realizarla, concluyendo en el

lacrimoso abrazo materno. El segundo, acaeció en una sala contratada especialmente para la ocasión. Esta vez no hubo lágrimas, pero sí el sentimiento de la más clara vivencia de lo fugaz; sentir que siempre me ha invadido, porque siendo niño, el día de mi primera comunión me dije solitario: este día, tal vez si el más feliz de mi vida, ya está pasando.

Mi postulación universitaria tuvo el éxito esperado. Ingresé al pedagógico de la Universidad Católica, matriculándome en el Departamento de Castellano.

A esa edad se piensa que el conocimiento adquirido es vasto y firme. Una profesora se encargó de demostrarme lo contrario, en su segunda clase, pero lo hizo de tal forma, que no dejó en mí la amargura de mi propia inconsistencia, antes bien, alentó mi voracidad de saber con la dosis necesaria de humildad y de paciencia.

Arraigo y afecto a institución y a personas tiene directo vínculo con el resultado de entrega y éxitos desplegados. No tuve afecto por la Universidad. Vine a sentirlo casi al expirar mi carrera. El primer año fue sobremanera durísimo. Era nadie en un lugar donde había que luchar fuerte para conseguir los fines anhelados. Mi orfandad afec-

tiva me llevó a momentos de soledad angustiosa, crisis de soledad depresivo que tuvo, en una gran amiga, comprensión y consejos acertados. A quienes algo me conocen actualmente, les debe ser un poco difícil creer en mi timidez de otrora. Lo cierto es que nadie sabe jamás totalmente a qué humanidad lleva consigo. Voy intentando desentrañar mis propios contenidos, tal vez si con demasiada lentitud, pero con el auxilio de la poesía y del ensayo, que, naturalmente, no pueden conceder la celeridad a nuestro antojo.

Fue entonces cuando la lectura se fue haciendo irremplazable. Leer —lo he pensado muchas veces—, es un acto dual de mirar y ser visto, porque la ventana ofrecida al mundo expuesto en palabras, únese al espejo revelador de nosotros, cuando ajenas expresiones sintetizan o aclaran la maraña del alma. Poco a poco fui escribiendo con mayor periodicidad. Antes lo había realizado muy esporádicamente, a pesar de haber visto publicado a los 11 años, un pequeño trozo poético en el suplemento escolar de “El Diario Ilustrado”. El mentor de mi primera incursión pública en este sentido, fue el agustino, P. Osvaldo Walker, O.S.A., quien de seguro ya no lo recuerde.

Por esa época —hace diez años— escribía algu-

nas veces, pero siempre con la creciente certeza de no haber dicho lo deseado. Mi mente bullía sin descanso y el corazón era obstinado nudo. No sabía decir, porque ignoraba una materia definida. La adolescencia se parece a los desenlaces torrenciales de la naturaleza. Ella es sensación informe para el vocablo, por ello no cejaba en confundirme con sus contrapuestas invitaciones y sortilegios, por eso todo intento por saberme en la conciencia de un verbo más o menos fiel, me era vedado.

Pasó tanta vida en pocos años. Mi tiempo universitario transcurrió junto a encuentros afectivos —no universitarios— que fueron dejando sus señas de insatisfacción con acentuada actitud por el recuerdo. Uno me fue, sobre todos, el más profundo, ese que podría llamar con palabras de mi amigo Hugo Cortés: “el agua fuerte”, la experiencia de vendaval, derrumbe de un cielo que creí alcanzado con mis propias manos, cielo que el tiempo nos aleja inexorablemente, cielo demasiado pequeño y demasiado fugaz. El amor nos comunica un deseo y una posibilidad de permanencia, y yo creí —oh, ingenuidad insuperable— que “el mérito retiene el amor que en azar te fue donado”. Aquel encuentro fue un ardor exaltado, pasión obnubilante cuyos más oscuros designios fueron los nau-

fragios incontrarrestables de años de nostalgia. La confusión de la intensidad y de la súbita desvigen-
cia en pecho ajeno, vino a clarificarse años después
con aquella protagonista, a quien agradecí su sin-
ceridad y respeto, porque sabe ella que nadie tie-
ne el derecho a negar a otro aclaración de senti-
res encontrados o no resueltos. A esa experiencia
como a otros momentos vino a responder un poe-
ma escrito muchísimo tiempo después.

TE CREISTE PERMANENTE

*A veces en un instante se esclarece
de golpe súbito lo que hemos hecho
y advertimos entre absortos y deshechos
que otra cosa muy distinta aparece.*

*Lo que cogiste del amor no fue el amor
sino el relumbrón mortal de una caricia
cuando vino anunciando su delicia
que luego mudó en triste desamor.*

*Para siempre quisiste una persona
sin saber o adivinar que te engañabas
creyéndote permanente en lo que dabas
hasta que un día te dejaron sin persona.*

*La ilusión te fue tan necesaria
como el agua que vino de tus ojos,
cuando roto el cristal de aquel antojo
huyó el sol y quedaste innecesario.*

Este poema tuvo su primera publicación en la serie *Traigo la Palabra*, del Grupo Cámara Chile que dirige don Mario Baeza.

Durante cuatro años viví en el pensionado universitario de los Padres Agustinos. Este año he cumplido mi mayoría de edad vistiendo esa camiseta. Aquellos tiempos de estudiante junto a otros jóvenes me comunicaron una dosis de alegría y fuerza hasta ese entonces no experimentadas. Paralelamente, mi crecimiento en la fe católica fue haciéndome adicto a la acción social. Pude colaborar en trabajos voluntarios en poblaciones marginales, con grupos adolescentes y juveniles. Tuve y tengo un gran amigo en el P. Fernando Valenzuela, O.S.A., por quien entendí que la finalidad de dichas labores no habían de encaminarse a la consecución de fines bastardos, sino al sincero afán de colaboración en el servicio directo a los semejantes. También supe de la anemia de los profesionales de la solidaridad: simpáticos ideólogos de infatigable gargarización de motes y

simplicidades, pero de cuya acción nada puedo decir, porque no la vi jamás. Mientras hablaban bizantinamente, afuera seguía lloviendo y el hambre no pensaba.

Debo recordar mi trabajo en el DUOC, cuando esa institución vivía su primera etapa y su objetivo era preferentemente la atención de obreros y campesinos. Los profesores no recibíamos retribución monetaria, aunque sí se nos dispensaban créditos académicos. Aprendí de todas aquellas gentes muchísimo más que si hubiera tenido que comprarlo con el hipotético sueldo. Supe, por ejemplo, que el sufrimiento es el único capaz de penetrar caparazones durísimas y sólo él logra comprensión suficiente de los hombres y la recta valoración de lo simple. Aquéllos gozaban de la vida sin el apremio de sentirse importantes y si sufrían, el dolor era aceptado, porque habitaba lo posible. No sugiero conformidad como deber de algunos hombres, sino mi admiración por la manera que tienen de afrontar adversidades, por su humor contagioso de probada generosidad. Ninguna verdadera dicha puede intentar ser niveladora para los hombres y quienes organizan la diversión buscando el dominio de las personas, equivocan y pier-

den esfuerzo, porque jamás lograrán verdadera respuesta del ser que late piel adentro.

El año 1971 di comienzo a mi memoria de título. Escogí como tema un par de libros de Miguel Arteche. Ese mismo año leí a Gandhi, a M. L. King y a otros profetas de nuestro tiempo. Supe entonces lo eficaz y grandioso del camino pacífico —no pasivo— para el afrontamiento de un mundo bastante maltrecho y menesteroso de quienes, como ellos, hicieron de la vida un compromiso incondicional de servicio como diría Ignace Lepp. Quise entonces extremarme para llevar junto a otros esa cuota de ofrenda al mundo que espera. Mi felicidad de encuentro con verdades tan liberadoras unióse al hallazgo afectivo de quien, poco después, había de compartirse al compartirme. Algo realizamos en campañas contra el alcoholismo, en la difusión de los principios de la no violencia y en la mantención de una revista escolar: *Reflexión Joven*. Sin embargo, me hizo falta madurez y constancia para caminar por el sendero que sigue aguardándome.

Al año siguiente contraí matrimonio. Después de algún tiempo nació nuestro Rodrigo. Este fruto primero vino como respuesta renovadora a la necesidad de afecto y de sangre nueva de que por mu-

cho tiempo careció mi familia. Para mi padre, especialmente, fue una alegría inmensa y le significó mitigar muchos sinsabores anteriores. Nuestro primer año fue durísimo. La pobreza no disimulada hizo me fuera dando a labores abrumadoras, las que con el tiempo ocuparían más de setenta horas de contrato semanal en distintos establecimientos escolares. Para nosotros, la primera revolución industrial permanecía estancada. Sin embargo, nuestra familia aportó una alta cuota de buena voluntad y ayuda concretísima. Junto a ello latía imbatible la fuerza para soportar tanta prueba y sacrificio, como en la cita ajena:

El miedo llamó a la puerta.

La fe fue a abrir.

No había nadie.

He omitido el hecho de haber vuelto —después de varios años— a vivir con mi padre. La verdad es que hubo momentos de dificultosa convivencia, no obstante, la mayoría fue de índole positiva. Cada uno tiene sus propias perspectivas valederas cuando habla a base de personales dolores, olvidando que el otro también sufre. Dialogar es difí-

cil, pues supone confianza y disposición en y para otro. Mi padre, hombre de edad avanzada, fue ejemplo de honradez e inmaculado desempeño profesional; empero, su excesivo celo de responsabilidad le enajenó posibilidades y dimensiones que le hubieran hecho más feliz. "La vida declara en hechos lo que en nosotros insinuó como deseo". Era hombre afectuoso, aunque muy tímido, motivo éste que lo mantuvo siempre un poco agazapado en su intimidad, pero de ninguna manera fue insensible cuando, venciendo cercos, ocasionales, avanzaba a cumplir con lo que creía justo. Supo legar lecciones de espíritu de trabajo y esfuerzo, completado con la más definida ausencia de vicios desdorosos.

No creo en los juicios embellecedores que la ausencia traída por la muerte arroja, irresponsable, a las bocas del mundo, mas creo mucho menos en las calumnias o en el rigor implacable hacia quienes no pueden retrucar, porque con ambas actitudes se miente y con ninguna se beneficia. Queriendo ser fiel a la realidad, quise resumir mi visión afectiva de la existencia de mi padre, padre que vi padecer y vi morir, porque el tiempo era consumido.

LOS SUEÑOS VENCIDOS

*Como jardín de cardos
ocurrió toda tu vida
en los espejos
y el sol deshizo con la bruma
esperanzas y proyectos.
Y por siempre derrotados
vuestrós ojos
estrelláronse contra cardos
del desierto.*

.....

*Viviste como desterrado
de ti mismo y de los otros,
así como un misántropo
en capullo de cenizas,
una corteza de temores
cubrió invariablemente
los impulsos que nacieron,
y uno a uno fueron siendo
desgoznados y marchitos.
Y por siempre y para siempre
lejanos, imposibles, sin objeto.*

El hecho de haber pertenecido a una familia un tanto desbaratada, lo siento de veras, mas no culpo a quienes creyeron encontrarse y luego, el convivir vedó armonías. Nadie posee patente de inmunidad a las equivocaciones o al desacierto, y yo, hijo, no juzgaré a mis padres. Bastante tengo para agradecer sus ejemplos, sus virtudes, su invitación comunicadora de vida. Eso es suficiente. El que nuestro padre no nos pudiera regalar con su presencia durante largo tiempo, creo, lo paliamos —parcialmente— con nuestros últimos años juntos, cuando fueron naciendo los retoños: Rodrigo, en 1972; Carolina, en 1975. Ambos supieron de su afecto, aliento que sólo los abuelos saben dar, porque están en condiciones de amar sin apremio. Mis hijos han recogido el afecto de ambas familias.

Fue a mi padre a quien dediqué mi primera obra publicada: *Nos Poblamos de Muertos en el Tiempo*, textos incluidos en el volumen *Entre Sombras y Arcoiris*, acogida por Editorial Aconcagua, junto a una elegía de mi gran amigo Miguel Angel Godoy. Este ha sido el compañero de innumerables conversaciones y proyectos literarios. Nos ha correspondido vivir similares acontecimientos y creo, es una de las personas que le van haciendo a uno, comunicándole el sentido del afecto y de

la compensación cuando se ha carecido de hermanos varones. Miguel Angel, con quien coincidimos temáticamente, aunque no en enfoques, fue el mentor —en cierta medida— de esta primera obra. Un día llegó a mi casa con la feliz noticia de la publicación. Se la habían ofrecido a él y quiso compartirla, invitándome a participar de ella. Entregué entonces un conjunto de poemas no revisados suficientemente. A los pocos meses nos fue entregado un bonito texto. Esto ocurrió en octubre de 1976. Recuerdo haber caminado con mi socio literario con la alegría y emoción de las primeras letras públicas. No pensamos ni hablamos del posible éxito, sino de las personas a quienes dedicamos la obra, aquellos seres escurridos que daban nombre y afecto a nuestras páginas: esos muertos inolvidables. Vinieron los días de repartir y de vender, las primeras dedicatorias y los parabienes. La crítica nos fue escasa por entonces. Eramos nadie y casi nadie se refirió a él. Empero, el tiempo nos compensó con algunas bastante positivas.

El trabajo del crítico es ingrato ante el público. La obligación de ser veraz y justo con la posibilidad de agradar al autor, no siempre se unen en el mismo acto. Por otra parte, su tarea de estampar en breve lapso sus ideas, sitúan al recreador en lan-

ce riesgoso. Esto es apenas un rasgo superficial de sus dificultades. Lamentablemente, algunos aumentanlas soliendo olvidar el latido vital que alienta las páginas de una obra, creyendo obviarlo con taxidermias analíticas o con manifiesto acopio de sus propias lecturas acumuladas en el tiempo. Entonces la obra es resueltamente olvidada en beneficio del propio lucimiento. En fin, estas dificultades las señalo por ciertas, mas no como juez ni de pretendida autoridad para darles solución.

Pero volvamos al pulso afectivo de la primera obra.

La experiencia de asistir a la dolorosa agonía de mi padre, arrojóme impotencias numerosas: sentimiento de una invasión poderosísima portadora de gélidos avisos y proclamas, el ronquido inexcrutable de su proximidad, la ajenitud inconmensurable ante el dolor humano, los postreros trámites que fue necesario realizara, me coronaron de una certeza dolorida: cómo cuesta morir para llegar a estatura inmortal en el espíritu. Todo fue motivo para dar a luz los poemas que, a menos de nueve horas del extraño nacimiento, escribía el primer poema. El cuerpo yacente de mi padre era aún la tibieza de una inexperta ausencia.

EN EL ALBA DE TU MUERTE

Hoy amanece sin ti.

*Apenas una ausencia entre los ruidos
y en mí, la muerte más cercana,
taló los cipreses, las raíces,
estableciendo impotencia de las manos
y tan sólo disponer sobre tu helado pecho
el inquieto haz de tus dolores.*

Padre, esta vez no pudimos.

*Había llegado la estocada tan temida
y nadie añade un instante a vuestros ojos.
Con tan gran dolor que te absorbiste
en ese bostezo misterioso, alado,
sumergiéndote ¿hacia dónde?*

*No todo el ser es difunto grave
ni el ronco grito silencioso
hermetiza para siempre al hombre herido;
pero cómo te fue invadiendo el frío
y nuestras manos, más juntas que otras veces,
no alcanzaron a salpicarte de calores.*

*Padre, todo fue decretado desde el tiempo
y hacia lo alto con súplica de brazos*

*¿cómo entonces alcãnzar el verso exacto
si la húmeda esperanza se contrae en sus dominios?*

*Aún estás presente en tus despojos,
aún los ecos de tus voces y tus pasos,
aún el débil calor de tus impulsos;
Oh, padre, más inerme entre mis brazos,
tan separado de mí y tan cercano
cada vez que recorro esta agonía.*

Antes de su sepultación había escrito cuatro poemas. Los días subsiguientes trajeron comprensión a tantas cosas que la inmediatez física distrae o perjudica, cuando no aniquila. Supe del desarraigo ancestral, ese sentirse flotando sin gravedad posible para afianzar a terreno seguro; supe que el amor suele atrasar sus manifestaciones necesarias para un tiempo creído en lo por venir y que los hombres poseen vastas resonancias significativas que en la unidimensionalidad del momento suele pasar inadvertida. Pero experimenté sobre todo, la certeza de un padre dolorido y más pleno, quien había encontrado las verdaderas razones a tantas sinrazones aparentes, a tanto dolor ahora trasegado en claro disfrute sin amagos de caducidades mortecinas.

TU MUERTE ES LUMINOSA

*Ya habrás comprendido tantas cosas
en tu encuentro de fatiga coronada,
ahora que miras el pasado
sabrás el sentido de tu vida.*

*Y más allá de toda la evidencia
en los surcos de una tierra helada,
tu cuerpo solitario está aguardando
el final del tiempo y de la náusea.*

*Sí, por encima del dolor intransferible,
un coro de certezas luminosas
recibe al nuevo huésped de los cielos
y en ese encuentro de nostalgia coronada
ya habrás comprendido tantas cosas.*

La primera parte de esta obra estuvo, pues, dedicada íntegra a mi padre. Concluye en especie de despedida transitoria: *Adiós, padre, adiós hasta otros versos / es hora de rezar por si yo muero*. Como creyente, confío me espera paternal y pleno, regocijado en definitiva, porque ningún tiempo por prolongado y separador, es lo suficientemente extenso ni sentimos lazos espirituales vencedores de sepa-

ratidades. Nuestro encuentro vendrá cuando me haya convertido en protagonista indiferente a los aconteceres del más acá, porque *algún día seré el postrer poema, / un completo olvido de mí mismo*, texto éste que cierra la segunda parte, sección miscelánea en cuanto a nombres y destinatarios, pero conservando la unidad temática. Ese día habré de convertirme en musical realidad, entonces, triunfante y pletórico, experimentaré que la esperanza no fue vana y así *morirá mi propia muerte por la tierra*.

Esta obra nos proporcionó, tanto a Miguel Angel como a mí, la posibilidad de conocimiento de otros escritores: Oreste Plath, Pepita Turina, Pablo Garrido, Hermelo Arabena, Isabel Velasco, y tantos otros en las tertulias en Librería Nacimiento, donde el propio don Carlos y su señora esposa doña Eliana Collado, la señora María y todos los que allí trabajan nos han acogido afectuosamente. De igual modo podemos decir del Grupo “Nueva Línea” y, en lo personal, de revista “Portal”, donde Eduardo Bolt y Marina Latorre me regalaron con un hermoso cartel de dos poemas míos. ¡Cómo retribuir a tantas manifestaciones de cariño!

Durante los años 1974 y 1975 escribí artículos de comentarios literarios para los diarios: “La Pro-

vincia”, de Ovalle, y “El Austral”, de Temuco. Ambas tribunas las dejé porque el escaso respeto por los colaboradores desaniman a cualquiera. Jamás me enviaron un artículo ni demostraron la más insignificante de las atenciones para quien les da de su trabajo sin nada a cambio. Estos últimos tiempos he realizado una pequeña labor de difusión de valores nacionales en Radio Chilena y, ocasionalmente, en otros medios de información social. En mi colegio hemos contado con la presencia de varios escritores, quienes accedieron en su oportunidad, a conversar con los alumnos. Pienso cada vez con mayor convencimiento, que la unión de escritores y docentes puede soslayar en gran medida el mutuo desconocimiento entre lectores y literatos. Los escritores deben dejar el pensamiento y la ilusión de tener un público dispuesto a acudir cada vez que un libro aparece. La realidad es otra. El escritor debe llegar al público a través de medios eficaces y dignos. Sólo hace falta una dosis de buena voluntad y de imaginación para que todo pueda concretarse.

Sin embargo, debo referirme en forma muy especial a otro escritor, mi gran amigo Juan Lorenzini, a quien me unen sintonías de auténtica amistad. Juan es hallazgo y aporte para todo el que dis-

frute de su comunicación. Ilustre ex alumno, ha dado a nuestro querido San Agustín y a las letras nacionales, un irremplazable aporte de optimismo y de bondad con sus libros autobiográficos. Si me refiero a él con algún relieve, es debido a sus condiciones de hombre, de amigo y de escritor. Nuestra amistad va creciendo y soy tributario de su estímulo como de su comprensión.

Por el tiempo inicial de nuestro mutuo conocimiento tuve una de las experiencias más conmovedoras. Nunca supe cómo fue urdida, ni quienes iniciaron ese extraño suceso. Los hombres pueden equivocarse, sobre todo cuando la atmósfera enraizada de sus relaciones es altamente compleja y puede ocasionar lo más ignominioso de unos contra otros. Sólo los héroes dostoiiewskianos poseen esa capacidad tan cercana a lo real; únicamente ellos reflejan las contrapuestas actitudes humanas: lo angélico y lo demoníaco.

*Fue de noche,
cuando el restallar
de un látigo sombrío
decapitó la confianza terrena
y un beso de Judas ignorado
sonó metálico treinta veces.*

Aquel episodio dióme la oportunidad de vivir en extremo el ideal comunitario. Ese ejemplo practicado por nuestros profetas del siglo: Gandhi, King y otros, afloró como realidad transformadora en madurez. Sabía que el odio destruye más al que lo practica que al hombre a quien se dirige. En esos días lo supe directamente, porque el sufrimiento personal obtiene de la dureza ajena lo que al frío raciocinio le es impedido. Las reservas de bondad en el corazón humano son insospechadas y si no se las prueba puede llevarnos a conclusiones pesimistas del futuro del hombre. Decía Goethe, que si tomamos al hombre tal cual se nos aparece, lo haremos peor aún; mas, si lo concebimos en lo que puede llegar a ser, colaboraremos a la siembra de un mundo donde, como en el sueño de King, el negro y el blanco habrán de reconocerse comensales de la misma mesa, o como en el "Sermón de la Montaña", donde el ofensor pueda reconocer sus culpas y el agraviado perdonárselas.

Existen hechos que dan vuelco a la vida o como lo refiere Solzenitzin, instantes donde lo imposible se hace concreción y lágrimas. Aquellos días de estancia en el infierno me fueron años de dolor y de maduración ineluctables. En fin, llegó

el tiempo del regreso, de lavar dolores innombrables, de mirar estrellas y luces, de declarar nuestra inmarcesible gratitud a muchas gentes conmovidas y conmovedoras: el P. Juan Valcárcel, O. S. A., amigo de verdad, Claudio Arizabalo, Vitelio Bravo y otros que no olvido. Todos ellos me quisieron eficazmente cuando era caído, todos desearon restaurar en mí, algo de la humanidad maltrecha.

Si he rozado esta experiencia no ha sido buscando dividendos subrepticios, porque “el dolor humano supera la estrechez de las tendencias” y nadie tiene derecho a servirse de ello para aventajar posiciones. Pero tampoco pueden silenciarse en este caso, pues falsearía mi verdadera realidad si así lo hiciera, y, además, porque siento como un imperativo moral los famosos versos de la *Epístola Censoria*, de don Francisco de Quevedo:

*No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.*

*¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?*

Las palabras suelen ocupar intersticios abandonados por los hechos fugaces, como si desearan compensarnos "en lo que el baldío espacio nos denuncia". Pero si acuden a subrayar pletóricas realidades, se debe a la más conmovedora sorpresa de vivirlas y, al mismo tiempo, de no aceptar que la temporalidad marchite sus plenitudes.

Quizás si la más permanente experiencia para quien ha vivido un desvelado monólogo consigo y con las horas, ha sido la transformación de mi soledad aficionada a los silencios, en encuentro de carne, huesos y alma, para que no olvidara el llamado a un mundo más fecundo.

Durante estos años han combatido en mí la costumbre pretérita de escuchar latidos y acontecimientos, con la oblación montañosa y resuelta emanada de ese ser que la vida, el azar y otros más altos designios pusieranme como invitación hecha persona. Porque Patricia me ha conocido desde dentro, porque ella, ansiedad traducida en poema de sacrificio, quiso y quiere a este hombre como su eje. Yo no sé, pero si deseara nominar esta intocada cima que mi propia inestabilidad ha conocido, debería decir que eres concreción a mis regresos ateridos y el abrazo mayor y más profundo, a pesar de no estar siempre alerta para tu al-

ba. Han venido también febriles temblores y he sido visitado por latidos dolorosos ante imperfectas visiones tenidas, en su oportunidad, por valaderas. Ese y éste yo te he sido; tú, la querida o desquerida y siempre espera; el perdón de la lágrima perfecta; el entonces adecuado a esos cuando.

Hemos crecido y multiplicado mundos; sentido y disentido lo que el tiempo nos trajo en el vocablo impreciso, en la dureza de la niebla algunas veces, en esa risa aflorando en el pequeño gesto de sabernos. Tú sabes de mi sinceridad, porque conoces mi imposible olvido ante las horas de cada día en el uno y vario enlace de las almas. Eres lo que va de aurora a crepúsculo.

SIGNIFICAS

*El día que nos crece en las pupilas
el día viniéndose en proyectos
el día dichoso de encontrarnos
el día y su juego en nuestros niños
el día que pasa presuroso
el día escuchado desde el alma
el día de las dudas y dolores*

el día que unimos el cariño
el día fatigado en la cocina
el día trabajoso en mis papeles
el día alboreando en tu sonrisa
el día de mi día en tus días.

También el día cuando fuiste encuentro
el día de las horas decisivas
el día que quisimos fuera eterno
el día que diste nuevos ojos
el día primero, el recordado,
el día de tu cuerpo, de tus manos,
el día amanecido con tu rostro
el día de tus días en mi día.

El tiempo hablándome en tus voces
el primer día y el postrero
el día de la música en tu lágrima
el día que viajará en tus venas
el día anhelado porque exista
el día que me llores por la tarde
ausente día de mi nombre
el día del negro catafalco
el día que devuelva nuestro abrazo
el día cuando seamos los ayeres

*el día ciñéndonos de luces
el día tornándose en el siempre
el día que será todos los días.*

Mi familia es el futuro hecho posibilidad emergente. Los pequeños van educando la necesaria comprensión a similares roles dispensados para conmigo por mis antecesores y han abierto mandados tenidos por carentes. Son mundo esencial, enlace intransferible si deseo alcanzar verdadero afecto hacia mundos más vastos y universales.

Sin embargo, mi vida sentimental ha tenido siempre un dejo tormentoso. No se crea por numerosos aconteceres, sino por el impacto que la belleza en fortuitos encuentros ha dispensado. He sufrido cada despedida y cada desencuentro con la indecible insatisfacción del ansia vulnerada: rebeldía por no alcanzar enlace incommovible. Y es que el amor se me ha alojado en lo carnal profundamente, pero mucho más en el anhelo de perduración en el reino de las almas. Soy el entretejido misterio de unas cuantas obsesiones, de unos y varios sueños imborrables. Quizás por ello mi vulnerabilidad y mi tendencia a caer de bruces ante rostros que he deseado permanentes.

Han pasado los años adolescentes, aunque en mí jamás del todo. Una cierta insatisfacción, de esa que va más allá de las razones, ha presidido mi lógica sentimental, bastante ilógica. Alguna vez conservé por años el rostro y los presentes de una circunstancial polola; alguna vez no quise saber de mí, por alentar fielmente el ardor encendido por otro en mi hoguera de amante; alguna vez, siempre existe alguna vez, en que pensamos sernos para siempre, porque “en el corazón viven sin número los días”. Alguna vez aprendí dolorosamente que el amor no nos exime de agujiones; alguna vez ajenos versos acudieron para que supiera de enlaces más profundos; alguna vez tuve el rudo aprendizaje y el sorbo agridulce como en el verso de Scarpa: “con el amor hay que morir a solas”; alguna vez, sí, alguna vez los propios acudieron presurosos, porque yo pudiera decirme en soledades el cilicio de los páramos cuando “hay para siempre una ciudad que sobra”, cuando el raído fue es oscuro vacío sin reparos porque “nadie olvida esa noche / cuando alguien te olvidó como nadie”.

Tal es, en alguna medida, el sentido manifiesto de mi segundo libro. Libro dejado para otros co-

mo invitación para sus propios desencuentros —no para hurgar por el que he sido o soy—, más bien, para palpase en lo inefable, en ese instante de aprehensiones personales donde el recuerdo traído por el vocablo o donde la palabra asigna forma a la experiencia, inaugure fraternidad entre dos almas que no por ignotas, son ajenas, porque no en vano el dios cupido es flecha agujereando corazones y todos han sido sus blancos en algún instante. Y las flechas, a menos que alguno demuestre lo contrario, no acarician, hieren.

Alguien hablará por mi silencio tiene como padrino literario a don Roque Esteban Scarpa. No necesito hablar de él, porque nadie lo haría con más propiedad que él mismo. Mas, no puedo callar su indesmentible esfuerzo por hacerme crecer sin avasallamiento y por su más evidente comprensión de este texto, revelador de mi propia alma; alma, que nada podría enseñarle, y a la que, sin embargo, se preocupa descifrar aunque carezca de tiempo. Porque don Roque ha dicho bien de sí: “No tengo tiempo”, pues en él la temporalidad dejó de ser valla para la comprensión de otros.

Dije no citaré sus palabras del estudio introductorio. Diré simplemente que él ha sido el primero

en hablar por mi silencio. Tampoco haré referencia al carácter biográfico desde el cual nacieron estos poemas. No hace falta. Los libros no valen por su dependencia en tal sentido, sino por su capacidad de suscitar un mundo de equivalencias en otros espíritus, por las ideas vertidas en amasijo de intensidad y belleza, por su peso de humanidad auténtica que las pulse. Ignoro si *Alguien hablará por mi silencio* reúne lo expresado; empero, si algún mérito le reconozco es su completa ausencia de artificio. Nada ha sido inventado, ni voluntariamente construido. Cada verso brotó no “de manantial sereno” como los de Machado, sino por la insomne necesidad de acotar las significaciones de una casual y tumultuosa experiencia. Aquella ha sido larga y dolorosamente concluida, mientras estos versos deberán permanecer como el testimonio y el legado para cuando llegue el día “en el que victorioso, / diré de lo que fue, / del nunca más, sin que me importe”.

El amor suele engañarnos con figuras más o menos atrayentes, haciendo aflorar visiones espejísticas donde sólo campea la ensoñación porfiada de quien es menesteroso amante o, donde el desierto de verdadera comunicación enseñoreáse, para que

podamos entender la consubstancial debilidad del hombre cuando cree avizorar un trecho de cielo amoroso asignándolo, caprichoso, a persona concretísima. Sí, en el amor, hasta el más hábil —yo no lo soy—, puede confundir la figura con su reflejo; es entonces cuando lo forjamos a nuestra necesidad de los más hondos requerimientos, porque alguien ha concedido de algún modo participar de nosotros. “Acaso en un instante sueñes atrapado/ con despierto frenesí lo que se escapa”. El hoy creado en voluntad de unión permanente cede a la estragada realidad por opacos y ocultos destellos de aquel ser forjador de ilusiones; entonces, caminamos por la vía del magullado monólogo dubitativo y ansioso, sendero que llevará nuestros devaneos a una epifanía conclusiva de páramo y desengaño, rindiendo aprendizaje de una realidad tan diferente a ese tiempo, cuando todo fue posible, porque “el hoy es la irremediable forma que poseen / los caducos futuros del pasado”.

Esta ha sido brevemente la génesis de mi segunda obra. Desconozco su posible destino. Naturalmente, no quiero para ella la polvorienta suerte de tantos libros. Después de algunas semanas de su aparición no podría silenciar el regocijo que las

opiniones de anónimos lectores me han sido comunicadas. No he puesto atención en los aspectos axiológicos entregados en aquellos juicios personales —para ello están los críticos—, pero sí en la desinteresada afición de personas, como lo es un señor que, en la actualidad, disfruta de honorable cesantía. Quiso adquirirlo no sin algún sacrificio, porque más allá de su circunstancia deseaba tal vez dialogar con otra alma a través del contacto que estas páginas de soledades heridas pudieran otorgarle. Pero también otro hecho me ha sido regalado. Un amigo escritor extrajo un par de versos que incluirá como epígrafe para uno de sus cuentos. Y así, jóvenes que han sentido en estos poemas parentescos impensados, porque las vicisitudes afectivas no reconocen obstáculos de años ni diplomas, de tiempo consumido en muchos lares, ni de número abultado de enlaces amorosos. Para establecer hermandades de esta naturaleza, hace falta sentir no en la epidermis, escuchar fielmente los propios latidos y aceptar que en el carcaj de Cupido conviven todas las flechas posibles. De allí que los caracteres de una experiencia pueden contener —en alguna medida— los de innumerables seres.

DESENCANTO Y ARIDEZ NO TE DESHACEN

1

*“El amor esperado desde el alba,
el amor que sueña no ser sueño,
el amor posible de cielo en labio,
el amor a los detalles que habla a un nombre,
el amor combatiendo por el siempre,
el amor que cree ser el único,
el amor ~~amor~~ hablando con silencios,
el amor que es cielo prometido.*

2

*Sólo viento cansado de suspiro,
el recuerdo de la voz en cada eco;
sólo fugacidad de apresurado paraíso,
el misterio de párpado entornado;
sólo instantes de cimas, minúsculos tabores,
la memoria nos guarda lo perdido;
sólo uno, distancia sideral, otro,
después de hermosa cifra, la caída.*

*El hoy que pronto es el pasado,
nunca más de amor y su silencio,
vanidad de todo, la nostalgia
con lenta actitud desmoronada
en suma de restas sucesivas.*

*El hoy que insiste en ser pasado,
juntar grano a grano de la arena,
recuerdo de paso y compañía
y el sollozo de porfía ensimismada
de la mano vencida sin su todo.*

*El hoy ya nunca es el pasado,
deleznable la roca, el diamante,
el verbo que quisieras, no procrea,
volver podría serte la palabra
que habrás de callar por imposible.
El hoy es recuerdo más reciente.*

*Prontitud de olvido inesperado
por creer que el mérito retiene
el amor que en azar te fue donado.
Prontitud de inexperto desamparo*

*por saber que el tiempo es lo baldío
en lo que fuera posible paraíso.
Prontitud de adiós aleve, yerto,
por pensar conquista de aquel reino
donde la vida resuelve su quimera.*

5

*No quedan más que lápidas heridas.
El amor es cielo derrotado.*

Quiero acompañar a otras soledades, aclarar en sus conciencias similares desgarros afectivos; dejar unas palabras para rotular la pasión y el dolor de otros hombres. Si, en alguna medida, esto logro, sentiré la más digna de las complacencias y las más insobornables de las justificaciones. Los hombres debemos testimoniar nuestras convicciones para hacer posible el hallazgo de la senda unificadora a nuestra peripecia de seres peregrinos, sólo así el don de lo viviente no se habrá conjugado en vano; sólo así la palabra de un poeta con el alma de otros seres alcanzará a ser himno y plegaria de coro y ya no importarán algunas circunstancias en que el amor sea “cielo derrotado” o “lápidas heridas”, porque en cada pecho alentará la

llama inextinguible de solidaridad y sólo entonces vendré a saber respuesta a mi epilodal epígrafe, cuando sea llegado el día en que “otros dirán lo que no quise o alcanzarán a expresar lo que no pude”. Así, Dios, la vida y los hombres me habrán donado grandioso premio, experimentando con claridad más total la respuesta de muchos hombres a mi deseo del título presente y ese “alguien” singularizado, lo sea únicamente en la palabra, diseminándose en pluralidad de hueso y alma y sean muchos los que realmente deseen “hablar por mi silencio”.

Juan Antonio Massone del Campo

29 de junio de 1978.

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone
Pepita Turina

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCIÓN ADQUISICIÓN Y CONTROL

16 DIC 2009

Ca. D. C.O.

SECCION CHILENA





EDITORIAL NASCIMENTO